

Andrés Barba

MUERTE DE UN CABALLO

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

El Jurado del Premio Juan March Cencillo, formado por don Manuel Borrás, don Fernando Corugedo (Secretario), don José Luis de Juan, don Javier Goñi y don José Carlos Llop (Presidente), otorgó por unanimidad, en su XVIII edición, el galardón a la novela Muerte de un caballo, de don Andrés Barba.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: © Alberto Pina

1ª edición: febrero de 2011

© Andrés Barba, 2011
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2011
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
[www-pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

en coedición con:
FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-92913-95-4

DEPÓSITO LEGAL: V-186-2011

GUADA IMPRESORES - TEL. 961 519 060 - MONTCABRER 26- 46960 ALDAIA (VALENCIA)

A Bárbara Mingo

“SÓLO tiene veintidós años, no es más que una niña”, se dijo para animarse mientras la esperaba en la puerta de su casa, pero al mismo tiempo se miró en el espejo retrovisor e hizo casi involuntariamente una mueca, como si con ella despreciara un poco su propia cara. Se puso de perfil, enseñó los dientes. En realidad ya sabía que era fácil de derrotar. Él, no ella. Que quizá ya estaba derrotado de antemano. La había visto en unas diez ocasiones y en todas ellas había tenido sensaciones distintas, como si Sandra, más que una chica de veintidós años, fuera una figura poliédrica o algo sin límites muy definidos, un paisaje tan transparente que no pudiera evitar diluirse. La primera vez no le pareció tan ingeniosa y tan atractiva como le habían dicho. Luego, de inmediato, sí se lo pareció, pero ya no podía desdeírse y al segundo siguiente fue como si cierto movimiento se hubiera articulado y él se hubiese convertido en alguien atrapado por ella, sin saber

cómo. En aquellos encuentros habían mantenido cuatro o cinco conversaciones banales. La más profunda de todas había sido literaria, sobre ciertos cuentistas norteamericanos que les gustaban a los dos, aunque por razones distintas. Sandra sabía que él daba clase de literatura en la universidad como becario, que conocía bien el terreno y que tenía doce años más que ella, pero entabló la conversación desde el principio de igual a igual, como si diera por supuesto que no había ninguna razón por la que sus opiniones tuvieran que ser necesariamente más valiosas que las de ella. A él le hacía gracia casi todo lo que decía y a pesar de que hubo dos o tres comentarios que le sorprendieron mucho, no pudo evitar tener con ella una actitud profesoral, más que por vanidad, por una especie de mecanismo de defensa. Luego, al despedirse, se había sentido en aquellas ocasiones un poco enfadado con su propia tristeza, con aquella tristeza que había sentido durante aquel último año y que en realidad nada tenía que ver con Sandra, una tristeza que no juzgaba tanto los acontecimientos que iban componiendo su vida como el rumbo que iban tomando las cosas, y que era, por otra parte, el que siempre había deseado y previsto. Lo más probable era que no tardaran en hacerle profesor titular en un par de años, tenía valedores de peso en el departamento y no había ningún competidor claro, y sin embargo le parecía a ratos que todo lo que iba vivien-

do era como una versión infantil –falsificada quizá– de lo que había previsto que sería su vida. Se sentía solo.

No sabía por qué aquella tristeza se había puesto especialmente de manifiesto durante las veces que había hablado con Sandra. Lo cierto era que le gustaba y no se engañaba al respecto. Le gustaba quizá de una manera distinta a la que le solían gustar las mujeres. No sentía urgencia por acostarse con ella, ni por seducirla, ni por que ella lo sedujera a él. Al principio había sido como una difusa necesidad de tenerla “a su favor”, de quedar atrapado con ella en algún lugar cerrado. Era un sentimiento real, poderosamente auténtico, pero no parecía expresar ninguna necesidad específica, sino una especie de anhelo. En ocasiones se preguntaba si no estaría proyectando sobre Sandra otras insatisfacciones, otras heridas, pero la veía de nuevo y le parecía que no era así. Sandra tenía veintidós años, pero era claramente más sagaz, más resuelta que él.

Otro aspecto que añadía cierto misterio a la irrupción de Sandra en su grupo de amigos, aparte de la evidente diferencia de edad, era que nadie sabía exactamente de dónde había salido. Había aparecido allí, sencillamente, parecía la prima segunda de alguien, una prima guapa y sabihondilla, parlanchina, a quien gusta pasearse entre adultos. Había producido el mismo efecto que un invitado alegre en una familia bien avenida, pero sumergida en el tedio a la que la presencia de un

extraño vuelve alegre de nuevo. El grupo la había adoptado como a una mascota deseada, pero nadie la deseaba en particular más que él, cosa que se ponía de manifiesto en el hecho de que era el único que no flirteaba abiertamente con ella.

Una de aquellas noches habían acabado besándose casi accidentalmente. Se habían quedado en un bar con otras tres personas más hasta muy tarde y cuando fue a despedirse de ella se encontraron a solas en la puerta de los cuartos de baño. Había bebido mucho y cuando se acercó le puso la mano en la cadera. Una cadera minúscula, como la de una niña.

–Me marcho –dijo.

Ella le besó directamente en los labios, primero brevemente, y luego con intensidad, como si sus besos tuvieran una retórica un poco desquiciada e imprevisible.

–¿Así que vas por ahí besando a todo el mundo?
–preguntó el.

–Claro –contestó ella–, de eso se trata la vida, de ir por ahí besando a todo el mundo.

–Vente conmigo a casa.

–¿Y qué le digo a los niños?

–Lo que te dé la gana.

–No, hoy no. Otro día –contestó sonriendo.

Pero los dos días que se vieron después de aquél le pareció que ella estaba extrañamente distante sin dejar

de ser afectiva, o tal vez que él lo estaba, sin saber por qué, como si hubiese rozado un barranco en el que gracias a Dios no había caído al final, pero en el que, aun así, desearía haber caído. El interior de aquella imagen seguía siendo oscuro e inquietante, y delicado. En parte se había persuadido de que no le convenía, pero no podía evitar sentirse constantemente atraído por aquella muchacha cuya cualidad esencial parecía ser precisamente aquella especie de arritmia de carácter y humor. La fantasía le hacía perseverar más que la realidad, pero cuando se acercaba le asaltaba la misma tristeza de aquel año, como si la vida le hubiese retraído, más que mediante golpes, mediante el regalo sistemático de todo lo que deseaba.

La vida de Sandra, por su parte, parecía incontestable. Acababa de terminar la carrera de turismo y estaba empleada en una librería de viajes atendiendo a los clientes y escribiendo blogs, tenía previsto hacer varias guías de las que hablaba como si se tratara de sumas teológicas y en la librería en la que trabajaba escribía un apartado de reseñas de libros de viajes que él había espionado ya más de una decena de veces y en el que se descolgaba con las opiniones más dispares. Decía, por ejemplo: “El viajero es el más codicioso de los mirones”.

Decía: “No es difícil apreciar que el señor X tiene serios problemas para ser feliz sentadito en su casa”. Y

concluía los artículos con frases del estilo: “A veces una tiene que largarse, sin más”. Firmaba: S. M.

Él leía los artículos con la avidez de quien trata de descubrir un secreto. El humor de Sandra saltaba como las liebres, tras las piedras más insospechadas: solía reírse de los autores pretenciosos y de los modernos, adoraba a los clásicos y a los locos por igual y echaba tinajas de aceite hirviendo sobre los autores “macho”, como los denominaba ella, aquel tipo de escritores que se planteaban retos como cruzar un desierto a pie o atravesar el océano en piragua.

“Cruzar el océano en piragua”, sentenciaba, “es un reto de un absurdo directamente proporcional a comerse setenta huevos.”

Le parecía que la inteligencia de Sandra tenía tanto de audaz como de ingenuo y, como era dubitativo, a veces le molestaba su tono sentencioso. Era como si viera frente a él a la muchacha lista, rápida y segura de sí misma y sólo un paso por detrás, apenas agazapada, una mujer extraña y tal vez a la espera, y como si esa otra mujer le hiciese señas secretas, señas que en parte sólo él era capaz de leer.

Pero luego se disolvía el encanto y tenía la sensación irritante de estar atrapado en una atracción infructuosa; trataba de dejar de pensar en ella y de hecho lo conseguía, transcurrían de nuevo una semana o dos y la vida se ordenaba sin Sandra, como si atendiera sólo

a su propia inercia. Volver a pensar en ella era algo que sucedía igual que los accidentes, las sartenes humeantes dejadas a su suerte en la cocina, los agujeros de pitillo en el sofá, o algo quizá que nacía de la misma médula, como si el pensamiento de Sandra estuviese encajado igual que un tumor que le hiciera resbalar hacia ella inconscientemente.

Más que a enamorarse estaba acostumbrado a “descubrirse enamorado”, pero en el caso de Sandra a veces tenía la sensación de estar ejerciendo una resistencia activa. Y de nuevo los blogs de Sandra: “El viaje, el buen viaje, es un benévolo aburrimiento”. Y de nuevo su voz, cuando volvían a encontrarse por casualidad: “Estaba rezando para que aparecieras”. Como un escorzor, una punzada, una quemadura: “Casi siempre soy sincera”, decía, “pero todo lo que te he contado hoy es mentira”.

En ocasiones hasta llegaba a hacerle enfadar de puro dislate, pero entonces ella se retraía de su personaje y aparentaba ser una persona normal, se acercaba a él, no le huía, estaba menos inquieta, parecía más sencilla. Era un juego, pensaba, era sólo un juego, pero a él la tristeza le hacía jugar más seriamente de lo que habría querido, o tal vez era la tristeza la que le impedía –precisamente– jugar, o jugar asumiendo todas las consecuencias. Cuando regresaba a casa tenía la misma sensación que cuando era niño y su madre le llamaba para

que subiera a casa a cenar; una especie de súbita interrupción del tiempo, del tiempo real, como si el único tiempo vibrante y cierto fuera el que pasaba junto a ella y al cambiar de tiempo se produjera, a la vez, una especie de cambio de escala que empequeñeciera hasta su propio apartamento. Se decía entonces con rotundidad que aquella historia no era más que un absurdo y se sentía tranquilo durante unos días, llamaba a alguna antigua amante y hacía el amor con ella, bebía un poco más, como si quisiese sacársela de dentro a empujones.

Ahora la esperaba en el portal de su casa, incómodamente nervioso. Durante los dos últimos días la idea de hacer a solas aquel viaje en coche hasta la casa de su amigo le había venido a la cabeza como un pensamiento recurrente. El pensamiento revoloteaba más bien a su alrededor, parecía y se desvanecía de nuevo, como si estuviese suspendido, tan pronto se convertía en una chusca fantasía erótica como le inquietaba otra vez, se volvía un poco vanidoso y al segundo siguiente un poco cobarde. El día que habían salido todos para la casa de campo no habían podido viajar ellos dos, por eso quedó acordado que él la llevaría en coche al día siguiente. Fue, de hecho, una manera un tanto accidental de conseguir su teléfono. La había llamado la tarde anterior y habían quedado en que se pasaría a buscarla. Ella le

dio su dirección y a él le asombró que vivieran apenas a cuatro manzanas de distancia.

—Somos casi vecinos —le dijo.

—Ah, ¿sí? —respondió ella con una especie de alegría sobredimensionada—, qué pena que no nos hayamos cruzado nunca por la calle.

Y él respondió que sí, que era una pena. Su voz cambiaba en el teléfono, se hacía más pausada, más adulta sin dejar de parecer nerviosa ella también, como una imagen retorcida y llena de nudos, imbricada sobre sí misma y, a pesar de ello, clara.

La vio aparecer por fin en el portal y saludarle, sonriente, con la mano. Iba cargada con una bolsa de deporte y se había puesto un vestido corto y veraniego. Tenía aún la piel demasiado blanquecina porque la primavera apenas había comenzado, pero a pesar de todo le sentaba bien. De lejos no se apreciaba del todo su belleza. Parecía más bien una escolar, o una de esas estudiantes de primer año de universidad que tenía en alguna de sus clases y que a veces se enamoraban de él. De cerca su belleza era adulta, casi un poco señorial. Tenía el pelo castaño claro y solía llevar una melena corta que le redondeaba la cara, los labios eran gruesos y pequeños y la nariz prominente sin llegar a ser grande. Su rostro, sin embargo, poseía una armonía que superaba la simple suma de los elementos que lo componían. Era una pequeña Cleopatra de barrio con

los dientes coquetamente irregulares, una belleza fraudulenta quizá, pero tal vez por eso más conmovedora que si hubiese sido ortodoxa. Emanaba un olor dulce que sólo se percibía cuando estaba muy cerca, parecido al olor limpio de una casa, o al de las almendras. Su cuerpo era de una belleza doméstica, justo lo contrario que su carácter.

—Hola, profesor —dijo abriendo la puerta. Le llamaba “profesor”, como una humillación cariñosa.

—Hola.

—¿Has desayunado ya?

—Sí.

—Yo no, ¿te importa que tomemos un café antes de salir? Estoy muerta de hambre.

—Claro, hay tiempo de sobra.

Le produjo un extraño placer verla devorar dos cruasanes, un café y un zumo de naranja, como si el acto de comer con apetito implicara una generosidad alegre, y hacerlo delante de él sin miramientos una especie de inocencia. Cuando comía tenía un aspecto un poco más infantil y eso le gustaba, porque lo dejaba a salvo.

—Me apetece este viaje —declaró.

—Sí, hace muy buen tiempo. Y ya verás la casa de Pablo, te gustará mucho.

—¿Sí?

—Sí, está perdida en mitad de la nada.

–Me gustan las cosas perdidas en mitad de la nada.

–Pues ésta no puede estarlo más.

–Entonces no podrá gustarme más.

Aquéel había sido siempre el tono de sus conversaciones: ágil, un poco tonto y un poco cerebral, determinado por la sensación de querer vapulear al otro con una ocurrencia definitiva. Después se callaban de nuevo y pocos minutos después volvían al ataque.

Cuando se montaron en el coche para salir les sobrevino a los dos una ola de buen humor. Él se volvía hacia ella y, al cambiar de marcha le miraba aquellas piernas delgadas y demasiado blancas, con una especie de extraña familiaridad, como si ya la hubiese visto desnuda muchas veces. Aquella forma de calibrarse parecía mutua y un poco relativa. Ella habló de su familia, de sus dos hermanos, del reciente divorcio de sus padres. Utilizaba palabras un poco rebuscadas, pero le miraba con franqueza como si le estuviese diciendo “sé cómo eres, no soy ninguna niña, no tienes por qué mentirme, dime lo que quieres y entonces sabré cómo comportarme, no me dejes hacerlo todo”. Contaba bien las historias, con una especie de celo en el detalle y unos saltos en el tiempo que, lejos de entorpecer la narración la volvía más intrigante y menos verosímil: era como si se le ocurriera una mentira cada cinco minutos y tuviese que volver atrás para justificarla y luego hacia delante de nuevo, para adornarla como se merecía. Cuanto más esfuerzos hacía ella por agradarle más le parecía a él

que le dejaba en un lugar misterioso, afortunado en parte, pero desarraigado de su vida real. El buen humor se diluía un poco en la atracción física. De cuando en cuando se volvía hacia ella para mirarla hablar y le parecía que su cara era más diminuta y más extraordinaria. Luego, cuando tuvo que pagar el peaje, rebuscó entre las monedas del cenicero rozando deliberadamente su pierna, y también al buscar unos discos, mientras conducía, abrió la guantera apoyándose un poco en su rodilla, sintiendo el hueso redondo y blanco, pero entonces ella se puso un poco nerviosa y dijo secamente:

—Deja, ya lo busco yo.

Él volvió a retraerse.

—Pon el que quieras.

—No, dime cuál querías tú.

—No importa. —Y se quedó infantilmente serio.

—Eres un niño.

Él tardo en contestar y cuando lo hizo le salió sin humor:

—Es muy posible.

Estuvieron callados unos veinte minutos, escuchando el disco que había elegido Sandra. No se sentía herido, ni nervioso, sentía sencillamente que iba a suceder algo, de nuevo regresaba, como todas las veces que estaba junto a ella, el sentimiento elástico de todo aquel año, no una tristeza, ni una indisposición, sino una especie de desventura, como si la vida se hubiese plegado exac-

ta a los proyectos y a la vez inquietantemente decepcionante, como si llegado a cierto punto, pudiese preverlo todo como un escritor que ha planeado todas las escenas de una novela y sólo tiene que escribirla y por eso lo hace con desgana, o cansado, o asustado tal vez de que ya no merezca la pena.

–Estaba nerviosa.

–¿Por qué?

–Por este viaje.

Se volvió hacia ella. Sandra sonrió y cambió de tema de inmediato, sin nerviosismo:

–Qué paisaje más bonito.

–Sí.

Había encendido un pitillo. Tenía el talento de fumar bien y lo sabía. Era como si su cara se perlara al hacerlo, o se llenara. Volvió a hablar del divorcio de sus padres, describió la mañana en la que su madre se marchó de casa, el compañero de su madre esperándola, lo comentaba con una prosodia nerviosa, como un picor muscular, pero no hacía comentarios banales ni se despachaba con tópicos acerca de la duración del amor. Era como si Sandra hubiese vivido ese mismo divorcio que acababa de producirse muchos años antes en realidad y lo que acababa de ocurrir fuera sólo la encarnación de un pensamiento ya formulado.

–En realidad toda mi vida he tenido tanto miedo de parecerme a mi madre que creo que sólo por eso he

acabado pareciéndome a ella –dijo, y tras un silencio–, añadió–: ¿Cómo es tu madre?

–Murió hace cuatro años. Era una mujer complicada. –Le agradó que Sandra se saltara el pésame.

–¿Complicada como yo?

–No –sonrió– complicada de una manera más triste.

Hacia años que no hablaba del tema con nadie que no fuera su padre y quienes le conocían habían aprendido a evitar la conversación, pero le agradó que Sandra le preguntara frontalmente. Era como si quisiese hablar del asunto, pero con distancia, a pesar de que en su interior persistiera la sensación de que todo había ocurrido la tarde anterior.

–Era una de esas personas que piensan que la felicidad es una cuestión de voluntad, añadió.

–¿Y de qué es cuestión? –preguntó Sandra.

–De talento, supongo, como casi todas las cosas. –Sandra sonrió. Cuando mi madre se fue de casa estaba leyendo las cartas a Milena de Kafka y me aprendí un fragmento entero porque era exactamente lo que estaba sucediendo delante de mí, puedo aprenderme fragmentos muy largos, me gusta hacerlo, es muy sencillo en realidad, cuando aprendes la técnicas puedes memorizar páginas y páginas. –Quitó la música–. ¿Quieres que te lo recite?

–¿El qué?

–El fragmento que me aprendí.

–Claro.

–Allá va. –E hizo una pausa un poco teatral, retre-
pándose un poco en el asiento del coche y volviéndose
hacia él abriendo el cinturón de seguridad. A él le
llegó una nube de olor a champú y la miró de reojo,
como a una estudiante que escribe un examen–: “Muchas
veces tengo la impresión de que estuviéramos en una
habitación con dos puertas opuestas y que cada uno
estuviera aferrado al pomo de una de las puertas, y que
apenas uno parpadea ya está el otro detrás de su puer-
ta, y ahora basta que el primero diga una sola palabra
para que el otro cierre su puerta tras de sí y desapa-
rezca. Volverá a abrir la puerta, por supuesto, ya que
tal vez es una habitación que no puede abandonarse.
Si por lo menos el primero no se pareciera tan exacta-
mente al segundo, si se quedara quieto, si por lo menos
aparentara no mirar al segundo, si se dedicara a poner
lentamente en orden la habitación como si fuera una
habitación como todas las demás... pero en cambio
hace exactamente lo mismo que el otro junto a su puer-
ta, a veces incluso los dos están detrás de su respectiva
puerta y la hermosa habitación está vacía.”

–Es muy bonito.

–No –contestó ella– no lo es. –Sonrió y volvió a
poner la música.